CAPÍTULO V.

El guerrero.

El caballero que esperaba á Quintín, en la misma habitación donde éste había almorzado, era uno de aquellos de quienes Luís XI había dicho, hacía mucho tiempo, que tenían en sus manos la suerte de Francia, porque á ellos se confiaba la protección y la custodia del rey.

Carlos VI había instituído el célebre cuerpo llamado de Arqueros de la Guardia Real escocesa con mejor razón de la que generalmente se alega para establecer al rededor del trono una guardia de tropa extranjera y mercenaria. Las divisiones que alejaron de su lado más de la mitad de Francia, así como la voluble é incierta lealtad de la nobleza, que sin embargo seguía favoreciendo la causa del trono, hacía impolítico y poco seguro confiar á esta la custodia del monarca. La nación escocesa era enemiga hereditaria de la inglesa, y, aparentemente, la antigua aliada natural de Francia; sus hijos, aunque pobres, eran bravos y leales, y ningún otro país de Europa producía entonces tan numerosos y osados aventureros. Estos tenían además altas pretensiones nobiliarias, lo cual era también un título para que pudieran acercarse á la persona del rey más que otras tropas, al paso que el número comparativamente reducido de dicha guardia alejaba la posibilidad de que sus individuos se amotinasen y llegaran á ser amos en vez de criados.

Los monarcas franceses se habían propuesto como un principio de política granjearse la buena voluntad de aquel cuerpo escogido de extranjeros, dispensándole honrosos privi-

legios y una considerable paga, la cual empleaban los más de sus individuos con el mayor desprendimiento para hacer honor á su pretendido rango. Todos se daban la importancia de caballeros por su posición y honores; y como podían acercarse á la persona del rey, esto los enorgullecía á sus própios ojos, al paso que los hacía respetables á los de la nación francesa. Todos estaban magníficamente armados y equipados, y cada cual recibía el sueldo suficiente para tener á su servicio un escudero, un criado, un paje y dos guardias, uno de los cuales designábase con el nombre de *cuchillero*, porque llevaba un gran cuchillo para dar el golpe de gracia á los enemigos que su amo derribaba en el combate. Con semejante séquito y el tren correspondiente, un arquero de la guardia escocesa era hombre de calidad é importancia; y como las vacantes se llenaban generalmente con los individuos que habían prestado ya servicio como pajes ó escuderos, los segundones de las mejores familias escocesas eran enviados á menudo para servir á las órdenes de algún amigo ó pariente hasta que se presentara ocasión de ascender.

El cuchillero y su compañero, que no eran nobles ni tenían opción al ascenso, reclutábanse entre personas de condición inferior; pero como el sueldo de los guardias era considerable, estos podían elegir á su antojo entre sus compatriotas los más valerosos y aptos para semejante servicio.

Luís Lesly, á quien llamaremos más á menudo el *Acuchillado*, sobrenombre con que era sobradamente conocido en toda la Francia, tenía más de seis piés de estatura; era robusto y fornido, pero de rostro poco agraciado, debiéndose esto principalmente á una ancha y espantosa cicatriz, que comenzando en la frente rozaba el ojo derecho y dejaba descubierto el pómulo, prolongándose desde aquí hasta la extremidad de la oreja; presentaba además un surco que tan pronto tenía un color rojizo como azulado ó negruzco, según las impresiones que experimentaba el individuo, y que hacía resaltar más el color atezado del rostro.

En cambio, su traje y armas llamaban la atención por su magnificencia: llevaba la gorra nacional, adornada con un penacho de plumas y una Virgen María de plata maciza, la cual hacía á veces de hebilla, y que el rey había regalado á cada individuo de su guardia en uno de sus accesos de su-

persticiosa piedad, consagrando al mismo tiempo sus espadas al servicio de la Sta. Virgen. La gola del arquero, su armadura y manoplas eran del más fino acero, con embutidos de plata, y su cota de malla tenía un brillo deslumbrador; llevaba una ancha túnica ó sobrevesta de terciopelo azul abierta por los lados, como la de un heraldo, adornada con una gran cruz de S. Andrés bordada en plata, que la dividía en dos partes por delante y por detrás; protegían las rodillas y piernas unas mallas tan finas como flexibles; y los zapatos eran de acero; del cinto pendía uno de esos anchos y sólidos puñales que llamaban la *Misericordia de Dios*, y del hombro izquierdo el tahalí para la espada de dos manos, primorosamente bordado; pero en aquel momento, el arquero llevaba en la diestra esta pesada arma, que el reglamento le obligaba á no dejar nunca.

Quintín Durward, aunque como todo escocés había sido enseñado desde muy joven á apreciar las armas y la guerra, pensó que jamás había visto un guerrero de tan marcial continente y tan bien equipado como el que le saludaba en aquel instante en calidad de hermano de su madre, y á quien llamaban indistintamente Luís el de la cicatriz, ó el Acuchillado; pero no pudo menos de estremecerse un poco al observar la siniestra expresión de su semblante, cuando con sus ásperos bigotes rozó las mejillas de su sobrino, felicitándole por su llegada á Francia, y preguntando al mismo tiempo qué noticias traía de Escocia.

—Poco de bueno, querido tío,—contestó Quintín;—pero me alegro que me hayáis reconocido tan pronto.

—Te hubiera conocido hasta en las landas de Burdeos, aunque te hubiese visto andando como una grulla con un par de zancos, (1) pero siéntate, muchacho, siéntate; si hemos de oir noticias lastimosas, no nos faltará vino para sobrellevarlas con más espíritu.

Y volviendo la cabeza gritó:

—¡Hola! viejo escurre-medidas, á ver si nos traes una botella del mejor, y al momento.

(1) Los zancos, que se usan en Escocia para pasar los rios, se emplean por los campesinos de la comarca vecina á Burdeos, para cruzar aquellos desiertos de arena movediza llamados Landas.

La voz de aquel escocés francés era tan conocida en todas las tabernas inmediatas á Plessis, como la del suizo francés en los modernos ventorrillos de París; y con la precipitación que infundia el temor, la orden fué obedecida apenas oída. El posadero se presentó al punto con una botella de champaña, del que el arquero apuró en el acto una copa llena, mientras que su sobrino tomaba sólo un sorbo para corresponder á la galantería de su tío, dando por excusa que ya había bebido antes.

—Que tu hermana hubiese dado tal excusa, pase—dijo el Acuchillado—pero de ti no es admisible; es preciso que no temas tanto al vino si has de peinar barba de hombre y pasar por soldado. Pero, vamos, desabrocha tu morral escocés, y á ver qué noticias traes de Glen-houlakin. ¿Cómo está mi hermana?

—Muerta, tío—contestó Quintín, tristemente.

—¡Muerta!—repitió el arquero con muestras de asombro más bien que de simpatía.—¡Vaya! pues si tenía cinco años menos que yo y yo nunca he estado mejor. ¡Muerta! mentira parece. Yo no he sabido nunca qué cosa es un dolor de cabeza, sino después de pasar dos ó tres días de licencia en francachelas con los hermanos de la gaya ciencia. ¡Mi pobre hermana ha muerto! ¿Y tu padre, sobrino, se ha vuelto á casar?

Y antes que el joven pudiera responder, leyendo la respuesta en la sorpresa que le produjo la pregunta dijo:

—¡Cómo! ¿no? Hubiera jurado que Allan Durward no era hombre para vivir sin mujer al lado. Le gustaba tener en orden su casa y también mirar á una mujer bonita, pero al propio tiempo tenía costumbres algo severas; el matrimonio había contribuído á hacer de él todo esto. Ahora, á mi poco se me da de estas comodidades, y puedo mirar una chica guapa sin pensar en el sacramento del matrimonio. No soy bastante santo para esto.

—¡Ay, querido tío! mi madre enviudó hace un año, cuando Glen-houlakin fué tomado por los Ogilvies. Mi padre, mis dos tíos, mis dos hermanos mayores, otros parientes, el arpista, el capataz y unos seis más de los nuestros perdieron la vida defendiendo el castillo; y en todo Glen-houlakin no hay un hogar humeante ni una piedra en pié.

—¡Por la cruz de San Andrés!—exclamó el Acuchillado—esto se llamá una carnicería! Sí, esos Ogilvies no fueron nunca más que funestos vecinos para Glen-houlakin. Mala suerte; pero esos son azares de la guerra, azares de la guerra. ¿Y cuándo ocurrió esta desgracia, sobrino?

En esto se echó al cuerpo un gran trago de vino y movió la cabeza con aire grave, al responder su pariente que la familia había sido aniquilada por la última pasada fiesta de San Judas.

—Mira tú qué cosa—dijo el soldado—ya dije que había sido todo una casualidad: ese mismo día yo y otros veinte camaradas nos apoderamos por asalto del Castillo de Roche-noir, de Amaury Brazo de hierro, capitán de lanzas francas, de quien debes haber oído hablar. Le maté en el umbral de su propia casa, y gané tanto oro como había en esta hermosa cadena, que en otro tiempo tenía doble largo que ahora; y esto me recuerda que debo destinar parte de ella á una santa obra. ¡Hola Andrés, Andrés!

Andrés, el escudero, entró al punto luciendo un trage análogo al del mismo arquero, pero sin armadura en los muslos, la del cuerpo trabajada más bastamente, el gorro sin pluma, y la sobrevesta de sarga ó tela ordinaria, en vez de rico terciopelo. Quitándose del cuello la cadena de oro, el Acuchillado arrancó de un mordisco, con sus duros dientes cosa de cuatro pulgadas de un cabo de la misma, y dijo á su servidor:

—Mira, Andrés, lleva esto á mi compadre, el buen Bonifacio, el monje de S. Martín; salúdale de mi parte y por seña dile que la última vez que nos despedimos á media noche no podía decir Dios te guarde. Díle á mi compadre que mi hermano y hermana y algunos otros de mi familia han muerto y que yo le ruego diga misas en sufragio de sus almas por todo el valor que comporten estos eslabones, y que haga al fiado todo lo demás que se necesite para librarles del Purgatorio. Y oye, como eran gente de buen vivir y exentos de toda heregía, podrá ser que ya estén casi fuera del limbo, de modo que con poca cosa quedan libres de las cernejas; y en este caso, mira, díle que deseo que invierta el exceso del oro sobrante en maldiciones contra una raza llamada los Ogilvies, del condado de Angus, del mejor modo que la iglesia pueda hacerlo. ¿Has entendido bien, Andrés?

El cuchillero hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Entonces, cuidado con qué ninguno de estos eslabones vaya á parar á la cantina antes de que el Monje los haya recibido; pues si tal sucediera, probarás la cincha y el cuero del estribo hasta quedar tan desollado como San Bartolomé. Pero aguarda, veo que tus ojos se han quedado fijos en la medida del vino y no has de irte sin saber qué gusto tiene.

Así diciendo, le llenó hasta el borde un vaso, que el cuchillero apuró de un trago y se retiró para ejecutar el encargo de su amo.

—Y ahora, sobrino, sepamos lo que fué de ti en este desdichado suceso.

—Yo estuve peleando entre los que erán más viejos y vigorosos que yo, hasta que todos fuímos derrotados—dijo Durward.—Yo quedé gravemente herido.

—Lo mismo me sucedió á mí hace diez años—dijo el Acuchillado.—Veamos qué te parece esto, sobrino—añadió señalando con el dedo la roja cicatriz que afeaba su rostro.—La espada de un Ogilvy nunca trazó un surco tan profundo.

—Bastante profundamente surcaron—respondió tristemente Quintín—mas al fin se cansaron y por la intercesión de mi madre no me remataron cuando se vió que todavía daba alguna señal de vida. Un sabio monje de Aberbrothick, que por casualidad era nuestro huésped en aquel día fatal, y que por milagro escapó vivo de la refriega, pidió permiso para vendarme las heridas y para trasladarme luégo á sitio seguro; pero bajo palabra empeñada recíprocamente por él y por mi madre, de que yo tomaría el hábito de monje.

—¡Fraile!—exclamó el arquero.—¡San Andrés me valga! eso sí que no me ha ocurrido nunca. Nadie, desde mi niñez hasta hoy, soñó siquiera en hacerme fraile.—Y no obstante, cuando lo pienso me extraña, pues prescindiendo de que no sé leer y escribir, lo cual no pude aprender en la vida, ni la solfa, que nunca he podido sufrir; y sin hablar del traje, que es el de un mendigo loco, la Virgen me perdone (aquí se persignó); y de los ayunos, que no son de mi gusto, hubiera salido de cabo á rabo un monje tan acabado como mi compadre de san Martín. Mas no sé por qué, nadie me ha propuesto esta carrera jamás. Con que, sobrino, debías ser fraile según eso; y ¿por qué si te place?

—Pues, para que la casa de mi padre se extinguiera, en la tumba ó en el claustro—respondió Quintín, con profunda emoción.

—Ya lo veo—repuso el Acuchillado, ya lo entiendo. ¡Tunantes, tunos redomados! Pero también se les podía chasquear, á pesar de todo; pues mira, sobrino, que todavía yo me acuerdo del canónigo Robersart que había profesado, y luégo se escapó del convento y se hizo capitán de Francos. Tenía una querida, la mujer más hermosa que he visto en la vida, y tres niños hermosos como ella.—No hay que fiarse de los frailes, sobrino, no se ha de confiar en ellos porque pueden hacerse soldados y tener hijos cuando menos lo esperes; pero prosigue con tu relato.

—Poco más tengo que añadir—dijo Durward—á no ser que considerando que mi pobre madre quedaba hasta cierto punto en rehenes por mí, vime en el caso de vestir el hábito de novicio y someterme á la regla monástica, aprendiendo hasta á leer y escribir.

—¡Leer y escribir!—exclamó el Acuchillado que era uno de aquellos que tienen por milagroso todo conocimiento que ellos no poseen. ¡Escribir, dices, y leer! No lo puedo creer; jamás he oido decir que un Durward supiera escribir su nombre, ni tampoco un Lesly. Yo respondo de uno; para mí escribir me sería tan imposible como volar. Y dime, en nombre de San Luis, ¿cómo lo hicieron para enseñarte?

—Al principio era algo engorroso—dijo Durward—pero con la práctica se me fué haciendo más fácil, y como estaba débil á causa de las heridas y la pérdida de sangre, y deseaba complacer á mi salvador, el Padre Pedro, me apliqué más. Pero al cabo de algunos meses de languidecer, mi pobrecita madre murió, y como mi salud estaba ya completamente restablecida, manifesté á mi bienhechor, que era al propio tiempo Sub-Prior del convento, mi repugnancia á tomar el hábito. Entonces convinimos, ya que mi vocación no me llamaba al claustro, que yo me lanzaría al mundo en busca de fortuna, y que, para librar al Sub-Prior del enojo de los Ogilvies, se daría á mi marcha la apariencia de fuga. Á fin de disimularlo mejor me llevé el halcón del Abad; pero se me despidió con las debidas formalidades, como consta del sello y rúbrica de propia mano del Abad.

—¡Bravo, bien!—exclamó el arquero.—Á nuestro rey le importa un comino cualquiera otro robo que hayas hecho, pero le infunde horror extraordinario todo lo que se parezca á una violación del claustro. Y, vamos á ver, apostaría a que no tienes ningún tesoro para subvenir á tus gastos.

—Sólo algunas monedas de plata—dijo el mancebo—pues á vos nada debo ocultar, querido tío.

—Malo es eso, amigo mío—repuso el Acuchillado—malo es eso. En cuanto á mí, aunque no ahorro nunca un cuarto de mi paga porque en estos peligrosos tiempos no conviene llevar dinero consigo, siempre tengo (y yo te aconsejaría que trataras de imitarme) alguna cadena de oro, ó brazalete ó collar, que al paso que sirve para adornar mi persona, en caso necesario se pueden utilizar uno ó dos eslabones, ó tal vez una piedra superflua, para obtener del producto de la venta lo que puede hacer falta en caso de un apuro. Tal vez tú me preguntarías de buena gana, cómo debe uno arreglarse para obtener tales juguetes como el que ves (al decir esto el arquero agitó su cadena con aire de satisfacción); y á esto contestaría por lo pronto que no penden de las ramas de ningún arbusto, ni crecen tampoco en los campos, como los narcisos, cuyos

troncos sirven á los chiquillos para hacer collares de caballero. ¿Cómo se ha de proceder, pues? Del mismo modo que yo conseguí esta cadena, tú puedes obtener otra si entras al servicio del rey de Francia, donde siempre se hallan riquezas, si no falta corazón para buscarlas con riesgo de la vida si es preciso.

—Tenía entendido—repuso Quintín, eludiendo una resolución para la cual no se juzgaba todavía competente—que el duque de Borgoña despliega más ostentación que el rey de Francia, y que bajo sus banderas se puede alcanzar mayor gloria, pues á su lado se descargan recios golpes y se llevan á cabo grandes hechos de armas; mientras que el rey cristianísimo, según dicen, obtiene sólo victorias con la lengua de sus embajadores.

—Hablas como un chiquillo que no sabe lo que dice, sobrino mío—contesto el arquero—pero á decir verdad, no olvido que cuando vine aquí era cuasi tan ignorante como tú. Yo no podía representarme un rey sino sentado en su trono bajo un rico dosel, ceñida la cabeza con una corona de oro y teniendo á su alrededor sus grandes vasallos y paladines; ó bien á la cabeza de sus tropas cargando al enemigo, como Carlomagno en las novelas, ó Roberto Bruce ó Guillermo Wallace en nuestras verdaderas historias, como por ejemplo la del *Trovador*. Y ahora, atiende bien á lo que voy á decirte, joven. Todo eso que hablas es como la luna en un pozo; la política es el todo. Tal vez tú no sepas lo que es..... Pues para que no lo ignores, te diré que es un arte inventado por nuestro Rey de Francia, y que consiste en combatir con la espada agena y pagar á sus tropas con la bolsa de los demás. ¡Ah! es el príncipe más sabio que jamás revistió la púrpura, y sábete que la usa muy poco, pues con frecuencia le veo vestido con más sencillez de la que á mí me convendría.

—Pero advertid, tío, que eso no hace al caso para mí—contestó el joven.—Yo quisiera servir, puesto que servir debo en tierra extranjera, en cualquier parte donde una hazaña, si me tocara en suerte llevar á cabo alguna, pudiese darme nombre.

—Ya te entiendo, sobrino—repuso el arquero—ya lo entiendo bastante bien; pero advierte que aún no tienes experiencia en estos asuntos. El duque de Borgoña es un hombre impetuoso, de cabeza volcánica y costillas de hierro, que ataca al enemigo al frente de sus nobles y caballeros, sus aliados de Artois y Hainault; pero ¿piensas que si tú y yo nos halláramos allí, podríamos hacer gran cosa más que el mismo duque y sus valerosos nobles del país? Y advierte que si no nos distinguíamos tanto como ellos correríamos riesgo de ser entregados a manos del Preboste del Campo por andar remisos en la refriega; y si no nos quedábamos atrás, sólo se diría que habíamos ganado la paga que nos dan. Supón por un momento que yo me adelantase un poco á los demás en la refriega, lo cual es difícil y arriesgado entre hombres que hacen lo mejor que pueden: entonces, el señor duque diría en su idioma flamenco al verme descargar un buen golpe: «¡ah! *¡gut-getroffen!* ¡buena lanza, valiente escocés! Dadle un florín para que beba á nuestra salud.» Á esto se reduciría todo, sin que pudieras esperar elevarte en grado y adquirir tierras ni riquezas, pues nunca se concede nada de esto al extranjero; todo queda para los hijos del país.

—Pues entonces ¿con quién debo alistarme, querido tío?—preguntó Quintín.

—Con el que protege á los hijos de la patria—dijo el Acuchillado irguiéndose arrogante.—El rey Luís dice siempre: «Mi buen labrador francés, atiende tú á tus aperos, cúidate del arado, del azadón, de la podadera y del rastrillo, pues aquí tengo á mi bravo escocés que combatirá por ti, para que tú sólo tengas la molestia de pagarle. Y en cuanto á vosotros, gran duque, ilustre conde y poderoso marqués, contened vuestra bravura hasta que se necesite, porque podría desviarse de su camino y perjudicar á vuestro rey. Aquí están mis compañías de ordenanza, aquí mis guardias franceses, y sobre todo mis arqueros escoceses, y mi honrado Luís el Acuchillado, que se batirán mejor que vosotros, con vuestro valor sin disciplina, que en tiempo de nuestros padres bastó para perder las batallas de Crézy y de Arincourt.» Ahora bien, ¿no ves en cuál de estas dos posiciones tiene un caballero errante más probabilidades de alcanzar honores y provecho?

—Me parece comprenderos, tío—contestó Quintín—pero á decir verdad, no creo que se pueda alcanzar gloria donde no hay peligro. Seguramente que sirviendo al rey, y dispensadme la observación, se tendrá una vida regalada, por no

decir perezosa. Montar la guardia junto á un pobre anciano á quien nadie piensa hacer mal ninguno, pasar los días de verano y las noches de invierno en las fortificaciones y estar encerrado siempre en jaulas de hierro por temor de que uno deserte... vamos, tío, confesad que eso es vivir como el halcón en su percha cuando no le sacan nunca al campo.

—¡Por San Martín de Tours que eres despejado, muchacho! Hé aquí un verdadero arranque de Lesly, muy semejante á los míos, aunque con un poco más de ligereza. Escucha, joven; yo siempre diré ¡viva el rey de Francia! Apenas se pasa día sin que se deba desempeñar alguna comisión, por la cual no sólo puede obtener dinero, sino también fama, cualquiera de los servidores del Príncipe: y no creas que los hechos más arriesgados se efectúan siempre á la luz del día. De algunos podría hablarte, tales como escalar castillos, hacer prisioneros y otras cosas análogas, en cuyo desempeño han corrido algunos mayor peligro y alcanzado más favor que cualquiera de los aventureros que sirven al impetuoso duque de Borgoña. Y si al rey le place mantenerse á retaguardia y á la sombra cuando se hacen tales cosas, así tiene más tranquilidad de espíritu para admirar, y puede conceder sus recompensas con más acierto á sus leales servidores, cuyos hechos de armas no le sería dado apreciar tan bien si tomase parte en la refriega. ¡Oh! te aseguro que es un monarca tan sagaz como sabio político.

Quintín Durward guardó silencio un instante, pero luégo repuso en voz baja y con tono significativo:

—El buen padre Pedro solía decirme con frecuencia, que puede haber mucho peligro en hechos que apenas proporcionan gloria. Inútil me parece deciros, tío, que supongo que todas esas comisiones secretas serán honrosas.

—¿Por quién ó por qué me tomas?—replicó el Acuchillado con cierta aspereza. —Á mí no me han educado en el claustro, ni sé tampoco leer y escribir; pero soy el hermano de tu madre y un Lesly leal. ¿Me crees á mi capaz de recomendarte una cosa indigna? El mejor caballero de Francia, el mismo Duguesclin, si otra vez viniese, podría vanagloriarse de contar entre sus proezas mis hechos de armas.

—Yo no puedo dudar de vuestra autoridad, querido tío—contestó Quintín—pues vos sóis el único consejero que me

ha dejado mi desgraciada suerte; pero, decidme, ¿es verdad, como lo aseguran, que el rey tiene tan tan pobre corte en el castillo de Plessis; que no hay reunión de nobles cortesanos ó grandes feudatarios; que no tiene altos oficiales de la corona; que faltan las diversiones, ó sólo toman parte en ellas los criados de servicio; que se celebran consejos secretos, á los cuales se admite sólo á personas de oscuro linaje; que la nobleza está deprimida; y que hombres de la más ínfima clase obtienen los favores del rey? Todo esto no me parece regular, ni se asemeja en nada á la conducta del padre de ese príncipe, el noble Carlos, que arrancó de las garras del leopardo inglés el más que medio conquistado reino de Francia.

—Vamos, muchacho, hablas como un chiquillo—replicó el arquero—y siempre vienes á producir las mismas notas aunque varíes de cuerda. Abordemos la cuestión: si el rey ocupa á Oliverio Dain, su barbero, para ejecutar lo que él sabe hacer mejor que cualquiera de los Pares, ¿no gana el reino con esto? Si manda á su hercúleo Preboste Tristán, que prenda á tal ó cual individuo sedicioso, ó que aleje á tal ó cual noble turbulento, la cosa se hace y punto concluído; mientras que si se confiase la comisión á un duque ó Par de Francia, tal vez contestaría enviando al rey un cartel de desafío. Si el monarca, por ejemplo, tiene á bien confiar al humilde Luís el Acuchillado alguna comisión, en vez de encargar el servicio al gran condestable, que tal vez le haría traición, ¿no da con esto el rey una prueba de su prudencia y buen criterio? Y sobre todo ¿no conviene más un monarca de tales condiciones á los caballeros que buscando glorias y aventuras han de ir donde sus servicios puedan ser mejor recompensados? No, hijo mío, yo te aseguro que el rey Luís sabe escoger sus confidentes y comprende muy bien qué comisiones puede confiarles, cuidando siempre de no recargar á ninguno de más trabajo del que puede hacer. No se parece al rey de Castilla, que se ahogaba de sed porque su copero mayor no estaba detrás para llenarle la copa. Pero, escucha, ya toca la campana de San Martín, y debo volver inmediatamente al castillo. ¡Adios! Ocupa bien el tiempo, y mañana á las ocho de la misma preséntate delante del puente levadizo, donde preguntarás por mí, al centinela. Ten cuidado, sobre todo, de no separarte del camino recto y trillado cuando te

acerques al portal, pues hay tales trampas y fosos, que muy bien podrías perder algún miembro que luégo te haría mucha falta. Verás al rey y podrás juzgarle por ti mismo. ¡ Adios !

Así diciendo, el Acuchillado salió apresuradamente, olvidándose en su precipitación de pagar el vino que pidió al posadero, falta de memoria casual en personas de su condición, y que el dueño del establecimiento no pensó en corregir, atemorizado tal vez por la enorme espada de dos manos.

Podría suponerse que Quintín, una vez solo, volvería otra vez á su cuarto con la esperanza de oir de nuevo la dulce canción que tanto le había cautivado aquella mañana; pero esto no era ya más que un capítulo de novela; la conversación con su tío acababa de abrir á sus ojos una página de la verdadera historia de la vida, nada agradable por cierto, y por lo pronto, los recuerdos y reflexiones que le acosaban fueron suficientes para alejar de su espíritu todo pensamiento de amor.

Quintín se dirigió á un solitario paseo que se prolongaba por las orillas del impetuoso Cher, no sin preguntar antes al posadero por dónde podría ir mejor para evitar las trampas y lazos. En su solitaria excursión procuró coordinar las tumultuosas y desordenadas ideas para trazar su futura línea de conducta, sobre la cual le daba mucho que pensar la entrevista con su tío.

CAPÍTULO VI.

Los gitanos.

La educación que había recibido Quintín Durward no era la más propia para ablandar el corazón ó mejorar tal vez los sentimientos morales. Así como los demás individuos de su familia, habíase acostumbrado á considerar la caza como una diversión, y la guerra como la única ocupación formal, juzgando que uno de sus principales deberes era sufrir la desgracia resignadamente y vengar con justas represalias los ataques de los enemigos feudales que habían aniquilado casi su raza. Sin embargo, con estas ideas mezclábase cierto espíritu de altivez caballeresca y hasta de galantería que suavizaba el rigor de tales principios; de modo que la animosidad no alejaba todo sentimiento humanitario y generoso. Las lecciones del anciano y digno monje, mejor aprovechadas tal vez durante una larga ociosidad, después de la desgracia, de lo que hubieran podido serlo en tiempos prósperos, permitieron al joven escocés arraigarlas más profundamente respecto á los deberes del hombre para con su prójimo; y considerando la ignorancia de la época, las preocupaciones generales que predominaban en favor de la vida militar, y la educación que había recibido, el joven se hallaba en estado de comprender cuáles eran sus deberes morales mejor de lo que se podía esperar de cualquier otro joven de aquel tiempo.

Quintín reflexionó en la entrevista que acababa de celebrar con su tío, experimentando como un sentimiento de contrariedad y disgusto. Hasta entonces había abrigado grandes esperanzas, pues aunque por aquel tiempo no se pudiesen